

# Gato

Por Osamu Dazai

Si estás callado, llama tu nombre

Si te acercas, huye corriendo

Carmen

Un día en que el cielo estaba azul y despejado, de algún lugar vino un gato. Estaba durmiendo debajo de las camelias del jardín. Mi amigo, quien dibujaba pinturas Occidentales, me preguntó si era persa. Le dije que se trataba probablemente de un gato perdido.

El gato no se encariñó con nadie.

Esta mañana, cuando estaba asando unas sardinas para el desayuno, el gato del jardín maulló lánguidamente. Yo salí cerca de la veranda y le contesté: “¿Cómo estás?”.

El gato se levantó y camino hacia mí. Le aventé una sardina. Aunque huyó un momento, se la comió. Una onda invadió mi pecho. Mi amor hacia él había sido correspondido. Bajé al jardín.

Acaricié el blanco pelambre de su espalda, pero el gato mordió la parte interna de mi menique hasta llegar a mi hueso.

---

*El gato (Neko: ねこ)* es inédito.

**Osamu Dazai** (1909-1948). Novelista y cuentista japonés. Es uno de los escritores japoneses más emblemáticos de la primera mitad del siglo XX junto con Junichiro Tanizaki (1886-1965), Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), Kenji Miyazawa (1896-1933) y Kawabata Yasunari (1899-1972).

**Obras principales:** *¡Corre Meros!* (Hashire Merosu: 走れメロス) (1940), *Tsugaru* (津軽) (1944), *La mujer de Villon* (Viyon no Tsuma: ヴィヨンの妻) (1947), *El ocaso* (Shayo: 斜陽) (1948) e *Indigno de ser humano* (Ningen Shikkaku: 人間失格) (1948). Estas tres últimas obras están traducidas al castellano.

Autor: **Osamu Dazai**

# Personas vergonzosas

Traducción de Isami Romero

Cuando uno apuesta en un juego de arquería  
no hay confusión sino letanía,  
las flechas fallidas se van siempre  
hacia los lugares más alejados.

He escuchado la siguiente historia.

Había una pequeña y tierna muchacha, que era la hija del vendedor de cigarros. El hombre decidió dejar el alcohol por ella. La muchacha escuchó su decisión.

—Estoy feliz —murmuró e inclinó la cabeza. Parecía contenta.

—Entonces, crees en la fuerza de mi voluntad, ¿verdad? —la voz del hombre era seria. La muchacha asintió con la cabeza sin decir nada. Al parecer le había creído.

Sin embargo, la voluntad del hombre no era fuerte. Dos días después, volvió a tomar. Al caer el día, estaba parado frente al expendio de cigarros, casi sin poderse sostener.

—Disculpe —dijo en voz baja e inclinó la cabeza rápidamente. Sabía que había hecho algo malo. La muchacha estaba sonriendo.

—Ahora sí, ya no voy a tomar.

—No me salgas con eso —, la muchacha sonreía con inocencia.

—Perdóname, ¿sí?

—No estés fingiendo, te estás haciendo el borracho.

La borrachera que traía el hombre cesó en un instante.

—Gracias. Ya no tomaré.

—No te burles tanto de mí.

—¿Qué estás diciendo? Realmente estoy tomado.

Lanzó una mirada de interrogación, y fijó sus ojos en los de ella.

—Porque —la muchacha respondió con una sonrisa limpia —. Lo prometiste.

Por eso no creo que hayas tomado. Por favor no me hagas un teatrillo aquí.

Desde un principio, ella no había dudado de su comportamiento.

El hombre era un actor de cine. Era el señor Tokihiko Okada. Hace algunos años falleció, era una persona sin gracia. No había visto a alguien tan triste. Después de hacer una delatora reminiscencia, sorbí mi té inglés refinadamente.

También he escuchado esta historia.

No importa cuándo uno dé un largo paseo, hay veces que no es suficiente. En un camino, una noche desolada, bajo un sentimiento abrupto, una mujer serpenteaba su cadera insistentemente. Sin embargo, el estudiante universitario tenía las manos metidas en el impermeable. Caminaba rápido. La mujer acercó entonces su redondo y suave hombro, casi frotándolo, sobre el hombro del enojado universitario mientras lo seguía.

El universitario era inteligente. Había comprendido que la mujer estaba tratando de encandilarlo. Mientras caminaba, le susurró.

—Oye, caminemos todo derecho y cuando lleguemos al tercer poste, nos besamos.

La mujer se puso rígida.

Primero. La mujer sentía que moría.

Segundo. No podía respirar.

Tercero. El universitario se fue caminando más rápido. La mujer lo siguió y masculló: “No hay otra alternativa que quitarme la vida”. Sintió que su vida era como un trapo sucio

La mujer era la modelo que utilizaba un pintor, amigo mío. Después de quitarse su ropa floreada en un santiamén, en su cuello quedaba colgado sólo un amuleto religioso. Mi amigo pintor se estaba riendo sardónicamente.

También he escuchado esta historia.

Ese hombre era apuesto y estaba extremadamente bien vestido. Incluso, cuando se sonaba la nariz, erguía los meñiques de ambas manos. Dominación: cualquiera caía bajo sus pies. Ese hombre había cometido un raro crimen y estuvo en la cárcel. Incluso ahí se veía apuesto y andaba bien vestido. El hombre se había lastimado un poco el pulmón izquierdo.

El fiscal pensó que el hombre sufría de un terrible mal. Pensó incluso en detener el juicio. El hombre sabía lo que estaba pensado él. Un día, el fiscal lo mandó llamar y lo interrogó. Mientras veía el informe médico, dispuesto sobre el escritorio, el fiscal dijo:

—¿Estás mal de los pulmones?

El hombre comenzó de pronto a toser. “Kof, Kof, Kof”. Tosió tres veces fuertemente, resultó que sí eran toses de verdad. Sin embargo, luego lo hizo dos veces débilmente: “Kof, Kof”. Esas toses eran claramente fingidas. Este hombre bien parecido, después de haber tosido, alzó el cuello como si fuera un debilucho.

—¿Será en serio? —la cara del fiscal parecía una máscara del teatro Noh, pero mostró una sonrisa difusa.

Más que los cinco años que le habían dictado de prisión, el hombre había sufrido una mayor humillación. El crimen que había cometido había sido fraude matrimonial. Al ser exonerado, pudo salir de la cárcel, pero cada vez que se acordaba de aquella sonrisa del fiscal, aun después de esos cinco años, incluso ahora, no ha podido superarlo, se sigue lamentando y mantiene un sentimiento de súplica. El nombre del hombre no lo pongo aquí, ya que se ha vuelto una persona algo famosa.

He puesto de manera fría la imagen de tres personas débiles y vergonzosas de este mundo, pero qué hay sobre mí. Soy aquel que participó en una competencia de nóveles escritores; aquel oriundo de la ciudad de las linternas mágicas, de las **nadeshikos**, de los lirio arácnidos, de las camelias; el que ha escrito una colección de historias cortas sobre el inicio de la primavera, redactadas con un poco de descuido, a las cuales terminaron viéndolas como de mal gusto; un tipo que para obtener seis litros de **sake** corriente, es incapaz de plasmar en cien hojas sus sentimientos, y sólo es competente para escribir seis, unos textos callejeros que son pervertidos; soy una persona vergonzosa; doy vergüenza; me

siento una gran autoridad, pero nadie me ve como un gran maestro, ¡qué tristeza!  
Muestro una leve sonrisa.

(1937)

## I can speak

El sufrimiento es una noche de sumisión, una mañana de resignación. ¿Este mundo es el empeño de la resignación? ¿Es el coraje de la soledad? Así, mi juventud es carcomida por los insectos día a día. La felicidad es posible hallarla hasta en un pueblo rascuache...

Mi canto ha perdido su voz. Por un tiempo vagué en Tokio. En ese momento, comencé a escribir algo, con una voz tenue. No era mi canto sino el “murmullo de la necesidad”... Algo así. Poco a poco, mi escritura ha recorrido el camino que debo seguir. ¡He sido avisado por mi propia obra! Está bien así. He encontrado algo más o

menos parecido a mí. Comencé a redactar la larga novela planeada en mi mente desde hace tiempo.

En septiembre del año pasado, alquilé el primer piso de un salón de té llamado Tenka-Chaya ubicado en lo más alto del camino montañoso de Misaka, en Kofu. Ahí, comencé poco a poco a emprender mi trabajo. Eran casi ya cien hojas, las he releído, no suenan tan mal. Retomo fuerza. Hasta que no logré finalizarla, no debo regresar a Tokio. Así me lo prometí a mí mismo, sin consultárselo a nadie en un día de viento invernal y frío en Misaka.

¡Hice una estúpida promesa! Septiembre, octubre, noviembre. Ya no aguanto más el frío. Noches de soledad me han acompañado. ¿Qué hago? Hesité muchas veces. Sin consultárselo a nadie, lo prometí. No puedo romper mi promesa. Quisiera regresar a Tokio volando, pero si lo hago siento que estaré transgrediendo algo. En la cima del camino montañoso me sentí perplejo. Pensé en bajar hacia Kofu. Ahí, hace más calor que en Tokio; pensé que podría sobrepasar ahí el invierno.

Bajé a Kofu. Estaba a salvo. Esa tos rara dejó de salirme. Alquilé un cuarto con buena luz en una casa de huéspedes. Me senté frente al escritorio. Pienso que hice bien. Comencé de nuevo, a trabajar poco a poco.

En la tarde, mientras trabajaba en sosiego, comencé a escuchar los coros de unas mujeres jóvenes. Descansé la pluma, escuché con detenimiento. Entre la casa de huéspedes y el callejón, había una fábrica de seda. Las obreras cantaban mientras trabajaban. Dentro del grupo había una voz sobresaliente. Ella cantaba dirigiendo a las demás. Era la líder de la parvada. Así parecía. ¡Qué buena voz! Cómo quisiera agradecersele. Incluso pensé en

subirme al muro de la fábrica y ver quién era la dueña de esa voz.

Aquí hay un hombre solo. Usted no sabe cómo su canto lo ha salvado diario a diario. Usted no tiene idea, cómo ha alentado loablemente mi trabajo. Se lo quiero agradecer de todo corazón. Había pensado garabatear esos pensamientos y aventárselos escritos por la ventana de la fábrica.

Sin embargo, al pensar que eso la podría espantar, que quizá pudiera perder su voz atemorizándola... No, no me conviene eso. Mis agradecimientos podían incluso enturbiar su inocente voz. Era un crimen. Estaba lleno de celos solamente.

¿Me estaba enamorando? Tal vez. En una noche fría de febrero. De pronto desde la fábrica del callejón sonó de súbito una voz aguardentosa, áspera. Escuché con detenimiento.

—No te burles de mí... ¿Qué te da tanta risa? No me acuerdo que alguien se haya reído de mí por tomar *sake*... *I can speak English*. Estoy yendo a la escuela nocturna. ¿Sabes? No lo sabías, ¿verdad hermanita? Estoy yendo en secreto a la escuela nocturna. Ni nuestra vieja lo sabe... Tengo que ser una persona decente. ¿Qué te da tanta risa mujer? ¿Por qué te ríes de esa manera? Hermanita voy entrar al ejército... No te sorprendas cuando eso ocurra. Tu hermano menor, este teporocho también puede trabajar como un hombre de bien... ¡Es mentira! Aún no está decidido que vaya a ingresar al ejército. Pero, yo... *I can speak English*. *Can you speak English? Yes, I can*. ¡Qué idioma tan comfortable es el inglés! Hermanita dímelo claramente.

¿Soy un buen chico, ¿Soy buen niño? Mamá no me comprende...

Abrí un poco la ventana, vi de reojo el callejón. Al principio pensé que eran ciruelos blancos. No lo eran. Era la gabardina blanca del hermano menor.

Traía puesto una gabardina no *ad hoc*. para esta época del año. Estaba parado, parecía tener frío su espalda estaba recarga en el muro de la fábrica. Desde arriba del muro, en una ventana, una obrera sacaba su torso mientras veía a su hermano borracho.

Había luna, pero las caras del hermano menor y de la obrera no se podían ver bien. La de ella era redonda, de tez blanca, parecía estar sonriendo. La de él, morena, era aún la de un niño. La frase aguardentosa en inglés *I can speak* me disparó hasta sentirme mal.

Primero está la palabra.  
ésta es la que materializa todo.

De pronto, sentí como si recordara una canción olvidada. Era una escena boba, pero difícil de olvidar para mí.

No sé si aquella obrera es la dueña de la voz preciosa.  
No lo sé. No es ella, no creo.

---

*I can speak* fue publicado en febrero de 1939 en la revista *Wakakusa* (若草).

**Osamu Dazai** (1909-1948). Novelista y cuentista japonés. Es uno de los escritores japoneses más emblemáticos de la primera mitad del siglo XX junto con Junichiro Tanizaki (1886-1965), Ryunosuke Akutagawa (1892-1927), Kenji Miyazawa (1896-1933) y Kawabata Yasunari (1899-1972).

**Obra principales:** *¡Corre Meros!* (Hashire Merosu: 走れメロス) (1940), *Tsugaru* (津軽) (1944), *La mujer de Villon* (Viyon no Tsuma: ヴィヨンの妻) (1947), *El ocaso* (Shayo: 斜陽) (1948) e *Indigno de ser humano* (Ningen Shikkaku: 人間失格) (1948). Éstas tres últimas obras están traducidas al español.

## Toka-ton-ton

Estimado Señor mío

Por favor, instrúyame. Tengo un serio problema.

Voy a cumplir en este año, veintiséis. Nací en la ciudad de Aomori, en un barrio rodeado de templos. A lo mejor, usted no sabe dónde es. Junto al templo de Seikaji, había una florería llamada Tomoya. Mi familia había sido la dueña de ese expendio. Soy el segundo hijo.



Después de graduarme de una secundaria de Aomori, trabajé como oficinista en una fábrica de municiones ubicada en Yokohama. Laboré por tres años. Estuve luego cuatro años en el ejército y casi al mismo tiempo que se oficializó la Rendición Incondicional; regresé a mi tierra, pero mi casa la habían quemado. Mi padre, mi hermano mayor y mi cuñada vivían ahí. Habían construido una pequeña choza sobre sus vestigios calcinados. Mi madre había fallecido mucho antes. Justo cuando cursaba el cuarto año de la secundaria.

Ante este infortunio, consideré que era una gran molestia para mi padre y para mi hermano que me fuera a morar con ellos en esa pequeña casa construida bajo esos escombros quemados. Así, después de consultarlo con ellos, decidí trabajar en la oficina de correo de este pueblo costero A, ubicado a ocho kilómetros de la ciudad de Aomori. El edificio donde está ubicado la oficina había sido la casa familiar de mi difunta madre y el gerente era su hermano mayor. Llevo laborando casi más de un año aquí, pero cada día que pasó aquí, siento que mi existencia se está volviendo una estupidez. Estoy verdaderamente preocupado.

Comencé a leer sus novelas, cuando laboraba en la fábrica de municiones de Yokohama. Desde que leí sus pequeños escritos publicados en la revista *Buntai*, se me hizo costumbre buscar sus obras y hojearlas. Después de leer varias, supe que usted había estudiado en la misma secundaria que yo. También, me enteré que mientras cursaba sus estudios ahí, había vivido en la casa de los Toyoda ubicada en un barrio lleno de templos en Aomori. Eso me estremeció.

Ellos tenían una tienda de kimonos en mi vecindario. Los conozco muy bien. Dicen que el dueño fundador, el primer don Futozaemon, había sido gordo. Los caracteres chinos de su nombre habían concordado a la perfección con su corpulencia: el kanji de futo (gordo). Empero, el don Futozaemon, quien administraba ahora la tienda era flaco. Por eso, hasta daban ganas de decirle Hanezaemon: el Zaemon de Plumas. Era una buena persona. En estos ataques aéreos, la casa de los Toyoda fue consumida completamente por el fuego. Incluso, el almacén. Ha sido una gran pena.

Al enterarme que usted había vivido ahí, pedí a don Futozaemon que me escribiera una carta introductoria y decidí visitarlo, pero como soy tímido no tuve el valor para llevarlo a cabo. No me puedo imaginar ni siquiera esa escena.

Pero sigo contando sobre mí, después de entrar al ejército, me mandaron a resguardar las costas de la prefectura de Chiba. Me la pasé escavando sólo hoyos hasta que terminó la guerra, pero en algunos momentos me daban medio día libre y salía a la ciudad para buscar sus obras. Así, hubo algunos momentos en que tomé una pluma y quise escribirle una carta. Sin embargo, escribía, “Estimado señor” y luego no sabía qué poner más. No tenía un motivo específico y como soy un total donnadie para usted, me quedaba perplejo con la pluma.

A la postre, Japón se rindió de manera incondicional y pude regresar a mi tierra y ahora trabajo en la oficina de correos de A. Hace unos días fui a Aomori y husmeé en una librería y busqué sus obras. Ahí me enteré, por una de sus obras, que usted había sido también víctima de los ataques y que había regresado a su tierra natal Kanekicho.

De nuevo mi pecho se estremeció. A pesar de eso, no tuve el valor para visitar su distinguido hogar. Después de meditarlo muchas veces, decidí escribirle una carta. En esta ocasión no me deprimí al escribir “Estimado señor” como en el pasado, ya que esta carta tiene un motivo. De hecho, es una cuestión urgente.

Quiero que me instruya una cosa. En serio estoy en un embrollo. Además, no sólo soy yo, creo que también hay otras personas que les aflige el mismo problema. Guíenos. Desde que estaba en la fábrica de Yokohama. Incluso, cuando formaba parte del ejército, había intentado escribirle. Por fin, he podido hacerlo. No pensé que esta primera carta expresara tan poca felicidad.

En el medio día del 15 de agosto de 1945, nos formaron frente a la explanada de la residencia militar. Nos pusieron a escuchar una transmisión, la cual supuestamente era la voz de su Majestad. No pude lograr escuchar bien ninguna de las palabras debido a la interferencia. Y después de eso, uno de los tenientes jóvenes subió corriendo a la tarima.

—¿Escuchasteis? ¿Habéis comprendido? Japón ha aceptado los Acuerdos de Potsdam y se ha rendido. Sin embargo, eso es un asunto político. Nosotros somos militares. Tenemos que seguir combatiendo. Al final, nos tendremos que suicidar, sin quedar ninguno. Os pido disculpas. Yo mismo pienso hacerlo, así que también estéis preparados para hacerlo. ¿Comprendido? Bien. ¡Rompan filas, ya!

Después de decir estas palabras, el joven teniente bajó de la tarima y mientras caminaba se le escurrieron algunas lágrimas de sus ojos. Me pregunté: ¿Es este acto, un símbolo de solemnidad?

Me quedé erguido. Comenzó a ponerse obscuro; de algún lugar soplabá un viento frío. Y sentí que mi cuerpo se hundía al fondo de la tierra, casi de manera natural. Pensé en quitarme la vida. Pensaba que morir era lo mejor. Del bosque ubicado frente, no se oía nada, todo era tan silencio. En ese momento, se veía tan negro; una parvada de pequeños pájaros salió volando sin hacer ruido. Era como si alguien hubiera arrojado polvo de sésamo al viento.

Sí. Fue en ese momento. De la residencia militar ubicada a mi espalda, escuché tenuemente el sonido: Toka-ton-ton. Era como si alguien clavara un clavo con un martillo. Al oír eso, volví en sí. Toda esa situación trágica y solmene desapareció en un instante. Era como si me hubiera librado de un maleficio y me hubiera vuelto en un hombre nuevo. Sin vergüenza alguna, contemplé los valles arenosos de ese verano de medio día. No tenía ningún tipo de sentimiento profundo.

De esta manera, llené muchas cosas mi mochila y me regresé perplejo a mi tierra.

Aquel tenue sonido tan lejano, ese martillear era increíblemente bello. Me despojó del fantasma del militarismo. Después de eso, no me han atormentado jamás las pesadillas trágicas y solemnes de ese día, pero parece que ese pequeño sonido dio en el centro de mi cerebro. A partir de ese día y hasta la fecha, me he vuelto un hombre epiléptico, una cosa tan rara.

Pero no significan que me den ataques compulsivos. Todo lo contrario. Cada vez que alguna agitación me atormenta, de algún lugar escucho el tenue sonido Toka-ton-ton. Aquel martilleo. Eso me tranquiliza y el paisaje frente a mis ojos cambia abruptamente. Se

interrumpe nada más la imagen y queda sólo una pantalla completamente blanca y al observar detenidamente eso, me doy cuenta que no hay nada. Me siento como un idiota.

La primera vez que ocurrió fue cuando llegué a la oficina de correos. En esos días, me dije a mí mismo: “ya eres libre, puedes elegir lo que quieras estudiar. Entonces, escribe una novela”. Decidí hacerlo y mandársela a usted. En mis tiempos libres, intenté escribir mis memorias en la milicia. Me esforcé mucho y logré redactar cien hojas.

Me restaba sólo un día más para poderla terminar. Recuerdo que era una tarde de otoño. El trabajo de la oficina había terminado. Fui al baño público y mientras me calentaba, comencé a planear cómo sería el último capítulo. Estaba emocionado. Podría ser un final como los de Onegin: muy florido y triste. O también podría ser como *Las Peleas* de Gógol en la cual hubiera alguna escena deprimente.

Estaba muy excitado y cuando alcé la vista y vi el foco pelón colgado en el alto techo del baño público, escuché de nuevo ese martilleo lejano: Toka-ton-ton. En ese instante, se calmó el oleaje. Estaba chapoteando en el agua caliente, justo en la esquina de la oscura tina. Era simplemente una figura desnuda agitando el agua.

Quedé aburrido, salí de la tina y mientras me limaba la mugre de las plantas de mis pies, me puse a oír lo que hablaban los otros clientes. Tanto Pushkin como Gógol me parecieron nombres de cepillos importados. Salí del baño público y crucé el puente; regresé a casa y cené en silencio. Después de eso, me subí a mi cuarto. Hojeé las casi cien hojas de mi borrador colocadas sobre el escritorio. Me di cuenta de que su contenido era tan estúpido. Me dieron náuseas y perdí hasta las ganas de

romperlas. A partir de ese día, las uso diario para sonarme la nariz.

Desde ese momento hasta la fecha, no he escrito ni un reglón de un texto que se asemeje a una novela. En la casa de mi tío hay unos pocos libros y a veces pido prestado algunas notables novelas de las eras Meiji y Taisho. Algunas me emocionan, otras no. Mantengo la compostura y en las noches que hay tormentas de nieve me duermo temprano. Llevo una vida sin materia “espiritual”.

En estos días, he visto una colección de arte mundial. No he mostrado ningún interés por los impresionistas franceses que tanto me habían gustado en el pasado. Me he concentrado en observar obras de la época Genroku como los trabajos de Korin Ogata y Kenzan Ogata. He considerado que ni Cezanne ni Monet ni Gauguin ni otra obra de otro pintor, puede superar las flores de rododendro de Korin. Así, parece que mi vida espiritual parece recuperar un poco de su vitalidad perdida.

Sin embargo, no tengo ni si quiera la ambición de ser un gran pintor como Korin o Kenzan. Seré un diletante provinciano. Y el único trabajo que podré hacer con esmero será estar sentado desde la mañana hasta la noche en el mostrador de la oficinal postal, contando los billetes. Es lo máximo que puedo hacer.

Para una persona que no ha tenido una formación académica ni talento alguno, no es una vida para deprimirse. A lo mejor hay una corona para los modestos. Vivir una vida diaria normal y trabajar arduo, es probablemente la mejor existencia espiritual. Últimamente, he comenzado a tener un poco más de orgullo de mi existencia. Fue justo en ese momento, cuando vino el cambio de paridad y aun en esta oficina de

correos provinciana; por ser tan pequeña nos faltaba personal y estábamos ocupados.

En esos días, desde temprano teníamos que cambiar los billetes de yenes viejos por los nuevos. Quedé exhausto y sin poder descansar. Como estoy en una situación de dependencia frente a mi tío, pues sentía como si tuviera puesto unos pesados guantes de metal; no sentía casi mis dos manos.

Trabajé tanto y dormí como un muerto. A la mañana del día siguiente, cuando sonó el despertador, me levanté. Fui de inmediato a la oficina y comencé el aseo. Esta tarea la desempeñaba una de las muchachas de la oficina, pero desde que comenzó este agitado cambio de billetes, mis ganas de trabajar aumentaron, casi de manera extraña. Mi velocidad se incrementaba día con día. Continué haciéndolo, estaba medio loco. Parecía una fiera tras su presa.

Finalmente, este cambio de billetes se terminó y al día siguiente, me desperté y salí de mi oscuro aposento y asee la oficina con una gran precisión. Después de terminarlo todo, de manera impecable, me senté en la ventanilla de la recepción. La luz de la mañana alumbraba justo mi cara. Cerré mis ojos cansados. A pesar de lo anterior, tenía una gran satisfacción. “El trabajo es divino”. Me acordé de esa palabras y cuando suspiré de alivio, percibí de lo lejos aquel sonido: Toka-ton-ton.

Después de eso, de inmediato sentí que todo era una estupidez. Me paré y me fui a mi cuarto. Me puse las cobijas encima y me quedé dormido. Aunque me avisaron que el desayuno estaba servida, dije bruscamente que hoy me sentía muy mal y no me iba a parar. Ese día, era uno de los días más ocupados de la oficina. Por lo tanto, todo el

mundo estaba lleno de trabajo, ya que el trabajador más diestro estaba en cama. Sin embargo, me quedé dormido profundamente todo el día. En vez de saldar mi gratitud hacia mi tío, esta actitud ególatra se había vuelto un lastre para él. Para ese momento, no tenía ya energías para trabajar.

Al día siguiente no me pude levantar y me senté atontado en la ventanilla de la recepción. Estaba todo el tiempo bostezando y la mayor parte de mi trabajo se la encargué a la trabajadora, quien estaba a mi lado. Al siguiente día y también el siguiente día hice lo mismo. Me había vuelto en un trabajador lento, malhumorado y desgastado. Es decir, el típico empleado de ventanilla.

—¿Otra vez tú? ¿Estás enfermo?— me dijo mi tío el gerente, pero sonreía de manera tenue.

—No tengo nada. A lo mejor es una crisis de nervios— contesté.

—Tienes razón— Mi tío lo dijo como si supiera la respuesta—Creo lo mismo. Eso te pasa por leer libros complicados, esas cosas no son para tontos. Para los tontos como tú y yo, lo mejor es no pensar en cosas complicadas— dijo y sonrió.

También sonreí.

Este tío se había graduado de la escuela técnica, pero no tenía ningún dote que lo hiciera ver un intelectual.

Y después (Se ha dado cuenta que en mi prosa pinto mucho “Y después” ¿Lo anterior será la prosa de un tonto? Esto me aflige mucho, pero, me sale sin querer. Me dan ganas de llorar). Y después me enamoré. No se ría. Bueno no puedo culparlo, a cualquiera le provoca risa. En eso días era como un charal embarazado y solitario que estaba flotando en una pecera de peces japoneses; vivía inmutado



y sin darme cuenta de que me había comenzado a enamorar: un amor vergonzoso.

Cuando brota el amor, uno siente que la música lo arropa. Siento que ese es uno de los síntomas de la enfermedad del amor. Es un amor no correspondido, pero amo y quiero a esa mujer. No puedo evitarlo.

Ella es una sirvienta de una pequeña posada, la única del pueblo costeño. Parece que no tiene más de veinte años. Mi tío, el gerente, es un bebedor, siempre que hay una melopea, ésta se organiza en uno de los cuartos de esa posada, y él nunca falta. Al parecer, mi tío y esta sirvienta se llevan bien. Cada vez que ella aparece en la ventanilla de la oficina de correos para preguntar sobre los ahorros o sobre los seguros de vida, mi tío dice pésimos chiste para hacerla reír

—En estos días, te has dado cuenta que estamos en bonanza económica, Muy bien. Por eso, has comenzado a mostrar un interés por los ahorros. Estoy muy impresionado, muy impresionado. ¿Parece que has encontrado a un buen hombre?

—¡Qué aburrido es usted!—dice ella

Y realmente lo dice mostrando una cara aburrida. No es la cara de una mujer pintada por Van Dyck, sino más bien, se parece a la del príncipe. Su nombre es Hanae Tokita. En la libreta de ahorros dice así. Antes vivía en la prefectura de Miyagi, eso está escrito ahí, pero ahora está sombreado con una línea roja. A su lado, está la nueva dirección. De acuerdo con los rumores de las trabajadoras de la oficina, parece que allá en Miyagi fue víctima de la guerra y unos instantes antes de la Rendición Incondicional, cayó accidentalmente a este pueblo.

Dicen también que la dueña de aquella posada es su pariente lejana. Y parece que su conducta no es buena, aunque es una niña, dicen que es diestra en esos “menesteres”. Nadie de los que evacuaron esa tierra, nadie tiene una buena reputación. Yo no creía sobre sus habilidades en esos “menesteres”, pero no podía negar que Hanae-san tuviera muchos ahorros. Está prohibido que los trabajadores del correo hagamos pública esa información y aunque el gerente se mofaba de esos extraños ahorros, era cierto que Hanae-san venía una vez a la semana a depositar entre 200 a 300 yenes. Todo en nuevos billetes y el monto total de sus ahorros seguía aumentando.

No pensaba que ella había encontrado un buen hombre, pero cada vez que ponía un sello de doscientos o de trescientos yenes en la librería de Hanae-san; mi corazón palpitaba y mi cara se sonrojaba

Y paulatinamente me sentí afligido. Estaba seguro que Hanae-san no trabajaba en esos “menesteres”, pero pensé que las personas de este pueblo le estaban dando dinero para apropiarse de ella y le estaban haciendo un mal. Eso es lo que estaba pasando. Al pensar eso, me asusté y hubo días en que me despertaba tan sólo de pensarlo.

Sin embargo, Hanae-san seguía trayendo dinero cada semana sin mostrar una cara de arrepentimiento. Ahora, ya no me latía el corazón ni me sonrojaba, estaba tan afligido; tenía la cara pálida y me salía un sudor frío de la frente. Hubo varias ocasiones, mientras contaba los billetes de diez yenes, que me dieron ganas de romper los formularios llenados por Hanae-san, los cuales estaban pegados a su sucio dinero.

Quería decirle algo. Aquella célebre frase de la novela de Kyoka: “Aunque te mueras. ¡No seas el juguete de las

personas!”. Eran unas palabras demasiado pretenciosas para un pueblerino como yo. No se las podía decir, pero sinceramente quería decírselas: Aunque te mueras. ¡No seas el juguete de las personas! ¿Qué son las cosas materiales? ¿Qué es el dinero?

Cuando uno piensa en alguien, eso provoca que esta persona se fije en uno. ¿Realmente existen esos casos? Aquello ocurrió a mediados de mayo, Hanae-san como siempre, apareció de manera presuntuosa del otro lado de la ventanilla. Dijo, “por favor” y me pasó la libreta de ahorros. Suspiré y la recibí. Conté cada uno de los sucios billetes bajo un sentimiento de tristeza. Y puse el monto en la libreta y sin hablar se la pasé a Hanae-san.

—¿Está libre a la cinco?

No creía lo que mis oídos escuchaban. Pensé que el viento de la primavera me estaba jugando un mal juego. Habían sido unas palabras tan rápidas y bajas.

—Si tiene tiempo, venga al puente— dijo eso. Me mostró una tenue sonrisa y se fue presuntuosa como había venido.

De reojo vi el reloj. Habían pasado un poco de las dos. De ahí hasta las cinco, es una historia tediosa, pero hasta la fecha, no puedo recordar qué hice. Probablemente, estaba dando vueltas con una cara intranquila.

De pronto dije en voz alta a la empleada contigua: “Hoy hace muy buen tiempo!”. Ese día estaba nublado y al ver que ella se había espantado, la mire con ojos enojados y me paré para irme al baño. Parecía seguramente un idiota. Siete u ocho minutos antes de las cinco, salí de casa. En el trayecto, descubrí que las uñas de mis ambas manos estaban largas. No sabía por qué. Todavía recuerdo que quería llorar en serio.

Hanae-san estaba parada al lado del puente. Pensé que su falda era corta. Vi sus largas piernas desnudas y desvié la mirada,

—Vamos hacia el mar— dijo con una gran calma.

Hanae-san iba adelante, yo estaba alejado de ella, como a cinco o seis pasos. Caminamos lento hacia el mar. Y aunque estábamos alejados a esa distancia, conforme fuimos caminando, nuestros pasos coincidieron. Eso me preocupó. Estaba nublado y había un poco de viento. En la costa había torbellinos de arena.

—Aquí está bien.

Hanae-san entró entre un barco grande y otro más chico que estaban colocados en la playa. Y se sentó en la arena.

—Venga. Si se sienta no le dará el viento. Está caliente.

Me senté casi a dos metros alejado de ella. Hane-san había estirados sus piernas hacia delante.

—Disculpe por haberlo llamado, pero tengo que decírselo. Es sobre mis ahorros ¿Usted está pensando que son algo raro no?

Pensé que era el momento. Contesté con una voz ronca.

—Pienso que son raros.

—Eso es lo más natural— dijo Hanae-san mientras se ladeaba y se esparcía la arena escarbada en sus piernas desnudas— Aquello. No es mi dinero. Si fuera mío no los ahorraría. Es una monserga estar depositándolo siempre.

Como me lo temía. Pensé en voz baja y asentí en silencio.

—Así es. Aquella libreta de ahorros es de mi patrona, pero eso es un secreto, no se lo diga nadie. Sé por qué ella lo hace, tengo una leve idea, pero como es algo tan complicado, no se lo voy a contar. Me mortifica ¿Me cree?

Hanae-san mostró una pequeña sonrisa y me percaté que sus ojos tenían un extraño brillo, era unas lágrimas.

Quería besarla. No podía contenerlme. Pensé que podría sobrepasar cualquier sacrificio por Hanae-san.

—Todos los que viven por aquí están mal. Pensé que usted me había malinterpretado, por eso me animé a decírselo.

En ese momento, de una de las cabañas cercanas se escuchó el sonido de un martilleo: Toka-ton-ton. El sonido de este momento no era una alucinación auditiva mía. En la choza del señor Sasaki, la que está en la playa, alguien había comenzado a martillar realmente un clavo. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. Martilleó varias veces. Mi cuerpo tembló y me paré.

—Entendido. No se lo diré a nadie.

Me percaté que detrás de Hanae-san había una gran cantidad de excremento de perro. Pensé hasta advertírselo.

Las olas pegaban cansadas la arena. Algunos barcos sucios con sus velas alzadas pasaba lentamente cerca de la costa.

—Bueno, me despido.

Estaba desgano. No era mi asunto lo de los ahorros. De entrada, no había nada entre nosotros, éramos unos desconocidos. No me interesaba si ella era el juguete de alguien. ¡Qué estupidez! Me había dado hambre.

Después de ese día, como siempre, Hanae-san venía cada semana o cada diez días a traer su dinero y lo depositaba. Esos ahorros ya han superado varios miles de yenes, pero no tengo ningún interés. Como lo dijo ella, ese dinero era de su patrona. A lo mejor era de Hanae-san. Sea lo que sea. Eso era un asunto que no era de mi incumbencia.

Entonces, quién tuvo un desamor. Desde mi punto de vista, el que lo tuvo fui yo. Sin embargo, si así fue, no me había mortificado. Pensé que había sido una forma tan rara de desamor. Era de nuevo un empleado normal y sin chiste de la oficina de correos.

Al comenzar junio, tuve que ir por un asunto a Aomori y por coincidencia vi una manifestación de unos obreros. Hasta ese momento, no tenía mucho interés sobre los movimientos sociales y políticos. Más bien dicho, antes había sentido una especie de desilusión hacia ellos.

No importaba quién las hiciera, todas eran iguales para mí. Además, no importaba en qué movimiento participara uno, pensaba que al final uno sería sacrificado por el honor y por los intereses políticos de los líderes. Consideraba que ellos afirmaban sus propias opiniones sin dudarlos. Garantizaban que si uno se unía a lo que decía, uno y su familia, su pueblo, su país o todo el mundo se podían salvar. Todo era una pose. Mentía diciendo que los que no se salvaban eran los que no habían seguido sus palabras.

Como habían sido rechazados y rechazados tantas veces por una mujerzuela, gritaban la derogación de la prostitución pública. Golpeaban con indignación a sus camaradas guapos. Hacían desmanes y escándalo.

Eran hombres que habían recibido por suerte un premio militar y lo gritaban al Cielo. Entraban corriendo a su casa diciendo con una cara presumida: “¡Mira mujer!”. Abrían con cuidado una caja y le mostraban su interior. Pero su esposa les decía con frialdad: “Es un premio de quinta, por lo menos que sea de segunda clase!”. El marido quedaba deprimido y por esa razón quedaba medio desquiciado y

terminaban metidos en esos movimientos sociales y políticos.

En las elecciones generales pasadas, las de abril de este año. Ellos habían estado alborotados diciendo no sé qué sobre la democracia. No podía confiar en esas personas. Dentro del Partido Liberal y el Partido Progresista estaban como siempre puras personas con un pensamiento arcaico. Mientras que en el Partido Socialista y en el Partido Comunista había mucho entusiasmado, pero éstos sólo se estaban aprovechando de los efectos positivos de la derrota. No habían podido borrar la sucia imagen surgida de los gusanos de los cadáveres de la Rendición Incondicional.

En el día de las votaciones, el 10 de abril, mi tío, el gerente, me dijo que votara por el señor Kato del Partido liberal. Dije que sí y salí de casa hacia la costa para dar un paseo. Luego regresé. No importaba cuanto uno se inmiscuía en los problemas sociales y políticos. No se solucionaban las depresiones de nuestras vidas diarias. Eso había pensaba, pero después de ver aquel día en Aomori, totalmente por casualidad, esa manifestación de obreros, me di cuenta de que todos mis pensamientos estaban equivocados.

Esa vivacidad natural, si se le podía definir de esa manera. Bueno en esa forma de marchar tan divertida no encontré ni una sombra de depresión o alguna arruga de sufrimiento ahí. Era un activismo creciente. Hasta las mujeres jóvenes llevaban en sus manos y cantaban cánticos obreros. Mi pecho se llenó de alegría y hasta me salieron lágrimas. Pensé que había sido bueno la derrota japonesa en esa guerra. Por primera vez en mi vida, vi la verdadera imagen de la libertad. Si eso era producto de los

movimientos políticos y sociales, pensé que lo primero que tenía que aprender el hombre eran los pensamientos políticos y sociales.

Conforme veía la marcha, sentí que finalmente se me había alumbrado un rayo de luz que guiara mi vida. Estaba muy feliz, mis lágrimas escurría bien sobre mis mejillas. Era como cuando uno se sumerge en el agua y abre los ojos, todo lo que me rodeaba se veía de color verde humeante. Y mientras caminaba por esa delgada transparencia, vi cómo quemaban una de las banderas escarlatas. Ah, ese color. Estaba llorando, no se me olvidaría esa escena aunque me muriera. Fue en ese momento. Desde un lugar lejano escuché ese sonido: Toka-ton-ton. Todo quedó en el olvido.

¿Qué será aquel sonido? No puedo concluir diciendo simplemente que es un nihilismo. Esa alucinación auditiva, aquel Toka-ton-ton destruye incluso cualquier nihilismo.

Cuando llega el verano, entre los jóvenes de esta región de manera abrupta abunda la fiebre deportiva. A lo mejor, tengo una tendencia utilitarista ya soy un poco de viejos, pero no entiendo qué lleva a que unas personas hagan luchas de sumo desnudos y sean lanzados hasta lastimarse seriamente. Tampoco, comprendo por qué sus semblantes cambian y compiten por saber quién es el más rápido. Igualmente, no entiendo por qué compiten dando maromas cien metros por veinte segundos.

Todo se me hacía una estupidez. Nunca había pensado participar en esos deportes juveniles. Sin embargo, en agosto de este año, en cada una de los pueblos de la costa, hubo unas carrera de relevos y muchos jóvenes de esta comarca participaron.



La oficina postal de A era uno de los puntos de enlace y los competidores quienes habían partido de Aomori, intercambiarían sus estafetas con los siguientes jugadores aquí. Pasada un poco las diez de la mañana, ya era casi la hora para que llegaran los competidores salidos desde Aomori. Todos los empleados de la oficina, salieron a observar ese evento. Sólo el gerente y yo nos quedamos ordenando los seguros de vida, pero finalmente escuchamos los gritos de “ahí vienen, ahí vienen”.

Me paré y vi por la ventana, eso era lo que llaman el último esfuerzo. Extienden los dedos de ambas manos como si fueran las ancas de una rana; buscan con esos extraños brazos, avanzar y deslizarse por el aire. Y traen puesto sólo un calzón, están casi desnudos. Alzan sus grandes pechos. Mueven su cuellos de izquierda a derecha con un rostro de sufrimiento. Venían corriendo tambaleándose hasta el frente de la oficina y caían después de expulsar un gran alarido.

—¡Muy bien! ¡Te has esforzado mucho!— gritaba la chusma y lo alzaban. Lo traían debajo de la ventana en donde yo estaba mirando. Echaban al competidor agua de esta cubeta que habían preparado. El corredor parecía estar medio muerto, casi en una situación de peligro. Tenía la cara pálida y estaba tirado. Al observar esa figura, una extraña emoción me invadió

No es que sea un niño dulce, tengo veintiséis años, pero podría decir que era inocencia. No importa lo que sea, al ver el desgaste de energías hasta ese nivel, pensé que era increíble. La gente no le importaba si estos hombres lograban el primero o segundo lugar, a pesar de eso, ellos arriesgaban su vida dando el último sprint.

Con esta competencia de relevos, no buscaban crear un Estado con una cultura propia. No tenían ese anhelo. Además, aunque no tenían esa ilusión, para justificarse corrían diciendo tener ese anhelo. Ni siquiera habían pensado que la gente se los reconozca. Asimismo, no tenían ni siquiera la ambición de volverse en el futuro unos maratonistas. Sabían muy bien, que no lograrán establecer un record corriendo en esta carrera pueblerina. Aunque regresaba a casa, sus familias no los iban a vitorear, de hecho, yo temía que sus padres los regañasen. Sin embargo, aun así querían correr. Lo querían hacer jugándose la vida. No importaba si nadie se los reconocía. Simplemente, querían correr. Era una actitud sin recompensa alguna.

Cuando era niño, había tenido cierta ambición al trepar peligrosamente los árboles de kakis. Pero en este maratón de vida o muerte, ni siquiera eso existía. Pensé que era casi una pasión nihilista. Eso era justamente lo que definía mejor la atmosfera que me rodeaba.

Entonces, comencé con los empleados de la oficina a lanzar y cachar con guante y manopla. Después de hacerlo continuamente hasta quedar exhausto, sentí una sensación de frescura, como cuando los animales cambian de piel. Pensé, que era eso lo que estaba buscando. Pero como siempre volví a escuchar aquel Toka-ton-ton. Ese sonido derrotó incluso a esa pasión nihilista.

Para esos momentos, escuchaba continuamente aquel Toka-ton-ton. Abría el periódico para leer con detenimiento cada uno de los artículos de la nueva constitución y Toka-ton-ton. Cuando mi tío me pedía un consejo sobre un asunto de recursos humanos de la oficina y se me ocurría una genial idea, de nuevo: Toka-ton-ton.

Incluso cuando quise leer una de sus novelas, Toka-ton-ton. Hace uno días en este pueblo hubo un incendio y me levanté y corrí a lugar de siniestro, de nuevo ese sonido: Toka-ton-ton. Mientras hacía compañía a mi tío en la cena tomando unos tragos y al pensar en seguir con la borrachera, Toka-ton-ton. Pensé que me estaba volviendo loco y de nuevo Toka-ton-ton. Comencé a pensar en suicidarme y Toka-ton-ton.

—¿Qué es la vida dicho en una frase?— dije anoche de manera casi burlona a mi tío, mientras le hacía compañía en la borrachera.

—La vida. Eso no los sé. Pero, el mundo es color y ambición.

Era una respuesta adecuada. Y en eso pensé volverme en un ampón del mercado negro. Pero pensé que probablemente después de ganarme diez mil yenes de inmediato escucharía Toka-ton-ton.

Dígame, por favor. ¿Qué es este sonido? Y ¿cómo puedo escapar de esta situación? De hecho, ahora mismo, no puedo moverme por culpa de este ruido. Por favor contésteme.

Ahora bien, si se me permite añadir una última cosa. Mientras escribía esta carta, ni siquiera había finalizado la mitad y ya estaba escuchando constantemente el Toka-ton-ton. Me ha dado una gran aburrición escribir esta carta. Empero, a pesar de eso, he aguantado y he logrado escribir hasta estas líneas. Y como estoy tan aburrido, me he enojado y creo que he escrito puras mentiras. No existe una mujer llamada Hanae-san ni tampoco he visto una manifestación. Las otras cosas también en su gran mayoría son mentiras.

Sin embargo, creo que lo del Toka-ton-ton no es mentira. Le envío esta carta sin haber releído su contenido.

Atentamente, su humilde servidor.

Ante esta carta tan extraña, este novelista aunque es un hombre sin instrucción ni pensamiento alguno, contestó a este hombre de la siguiente manera:

Gracias por tu carta.

Te atormenta un gran problema. No siento pena por ti. Parece que estás evadiendo las cosas que todas las personas consideran que son correctas, incluso cualquier comportamiento desagradable que no tenga explicación. Para lograr un verdadero ideal necesitas la valentía, más que la razón.

Mateo 10: 28.

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

En este caso la palabra “no temáis” tiene un sentido cercano a “respeto”. Si puedes sentir un estruendo frente a estas palabras de Jesucristo, tu alucinación auditiva habrá cesado sin duda.

Saludos.

---

\* *Toka-ton-ton* (トカ トン トン) fue publicado en enero de 1947 en la revista *Gunzo* (群像).

**Osamu Dazai** (Aomori, Japón, 1909-1948). Novelista y cuentista japonés. Akutagawa fue una gran influencia, pero fue hasta 1936, cuando dejó su militancia comunista para dedicarse a la literatura. Tenía 27 años. En ese año publicó *Los últimos de mi vida* (*Bannen*: 晩年), una supuesta nota de suicidio. La muerte siempre estuvo presente en su vida y en varias ocasiones intentó quitarse la vida. Durante la Guerra del Pacífico (1941-1945) siguió publicando y en 1948 se suicidó en Tokio, a la edad de 38 años. Sus principales obras: ¡Corre Meros! (*Hashire Merosu*: 走れメロス) (1940), *Tsugaru* (津

軽) (1944), La mujer de Villon (*Viyon no Tsuma*: ヴィヨンの妻 (1947), El ocaso (*Shayo*: 斜陽) (1948) e Indigno de ser humano (*Ningen Shikkaku*: 人間失格) (1948).

## Fosforescencia

Traducción de Isami Romero

— ¡Ay, qué bonita estás! Oye, como estás ahora podrías ir donde está el príncipe y casarte con él.

— Ay, madre, eso es un sueño.

Al escuchar la plática de las dos, ¿quién es la soñadora? ¿Quién es la realista? Por sus palabras, es la madre, quien parece la soñadora, mientras que la hija es la realista, ya que rompe el sueño.

Sin embargo, en realidad la madre no cree ni una pizca de posibilidad de que ese sueño se vuelva realidad, por eso ha dicho esas palabras, sin ninguna contrariedad, por otro lado, al negar precipitadamente esas palabras, es la hija, quien realmente tiene esperanza de lograrlo, por eso, lo ha negado apresuradamente.

Pienso que ahora, en este mundo la distinción entre los realistas y los soñadores se ha vuelto más difícil, tal y como lo ha demostrado el anterior caso.

Yo vivo en este mundo. Empero, eso sólo es una parte de mí. Igualmente, estoy seguro que tú. También aquella persona. Y la gran mayoría vive en lugares donde las otras personas no pueden ni siquiera saberlo.

Usemos mi caso como ejemplo. Durante un lapso de mi tiempo estoy en otro mundo, estoy alejado totalmente de esta sociedad. Son las horas cuando duermo. Mis ojos ven con certeza un hermoso paisaje inexistente en ningún paraje de este mundo, además lo tengo plasmado en mi memoria sin haberlo olvidado.

He jugado dentro de este paisaje con mi cuerpo. Nada quita la frescura de mi recuerdos, aunque hayan sido en el mundo real o en mis sueños. Por eso ¿no podría ser catalogado como algo verdadero, todo eso para mí,?

Mientras duermo, en mis sueños escuché las palabras más hermosas de un amigo. Al mismo tiempo, las respuestas que le di, las sentí como una expresión de lo más natural.

Asimismo, dentro mis sueños, una mujer, a quien deseo fuertemente, puede escuchar lo que verdaderamente pienso sobre ella. Y todavía despertando, sigo creyendo que eso ha sido parte de mi realidad.

Soñador.

A las personas como yo, nos llaman soñadores, muchos nos ven como una tribu de buenos para nada; somos la burla y la presa predilectas de sus desdenes, pero esas personas que se están riendo, sí tú también que te estás riendo ahora, si yo les dijera que para mí todos ustedes son igual que un sueño, ¿qué cara pondrían?

Yo he madurado cada ocho horas de mi vida, mientras sueño me he vuelto viejo. Es decir, soy un hombre que se ha criado en un mundo que no es real, me he criado en otro mundo que para mí es real.

Yo tengo un amigo sincero, quien no está en ninguna parte de este mundo. Además, ese compañero incondicional está vivo. Asimismo, yo tengo una

esposa, quien no está en ningún lugar de este mundo. Ella habla y tiene cuerpo, también está viva.

Me despierto, mientras me lavo la cara, puedo sentir cerca de mí el olor de esa esposa. Y cuando me duermo en la noche, estoy esperando con alegría de volver a verla.

—Hace tiempo que no nos veíamos, ¿qué pasó?

—Fui a cortar unas cerezas.

—¿Hay cerezas en el invierno?

—En Suiza

—Ah, ya.

Me dio hambre, también apetito sexual, en una situación en la cual no había nada. Siguió la conversación romántica y fresca, en mis sueños la había visto antes, muchas veces nuestro matrimonio se había acostado sobre una verde pradera cerca de un lago, la cual nunca ha existido sobre la faz de la Tierra.

—Haz de sentir rabia, ¿no?

—Son unos tontos, todos son unos reverendos idiotas.

Se me escurren las lágrimas.

En ese momento, me despierto. Estoy llorando. El sueño y la realidad están entrelazados. Están conectados los sentimientos. Por eso, para mí, la realidad de este mundo es la continuación de mis sueños, mientras que mis sueños son al mismo tiempo mi realidad, eso es lo que pienso.

Al ver mi vida real de este mundo, sería difícil que las demás personas pudieran comprender todo acerca de mí. Y al mismo tiempo, yo también no podría comprender a los demás.

Si nos apegamos a las hipótesis del afamado profesor Freud, nosotros recibimos sugerencias de este mundo real, pero pienso que eso nos puede llevar al argumento absurdo de la madre y su hija. Ahí, aunque exista una conexión; existe una diferencia esencial, estoy seguro que hay un mundo distinto abriéndose.

Mis sueños se conectan con la realidad, la realidad está ligada con mis sueños, aunque parezcan lo mismo, finalmente, son totalmente diferentes. Las lágrimas derramadas en el país de los sueños se conectan con esta realidad, no cabe duda de que estoy llorando de rabia, pero al pensarlo, siento que son más verdaderas las lágrimas que saqué en aquel país.

Por ejemplo, una noche, ocurrió lo siguiente.

—¿Sabes qué es la justicia?

La esposa que aparece dentro del mismo sueño me lo preguntó en un tono sincero y no burlón

Yo no le respondí.

—¿Sabes lo que es la hombría?

Yo no le respondí.

—¿Sabes qué es la pulcritud?

Yo no le respondí.

—¿Sabes qué es el amor?

Yo no lo respondí

Estábamos acostados en aquella pradera junto al lago, pero mientras estaba acostado comencé a llorar.

De pronto, vino volando un cuervo. Parecía un murciélago, pero el tamaño de sus alas eran como de tres metros y no las movía nada, parecía como si fuera un

planeador. Voló sobre nosotros sin hacer ruido, estaba como dos metros arriba de nosotros, lo hacía muy cerca. En ese momento, dijo graznando.

—Aquí puedes llorar, pero en aquel mundo, no debes llorar por esas cosas. A partir de eso, pensé que nosotros los humanos vivimos en dos lugares, en este mundo real y en el de los sueños, las experiencias vividas en ambos se coluden. En donde quedan atrapados, es donde la vida se hace completa.

—Adiós.

Se despide uno del mundo real.

Luego, se vuelve a encontrar en el sueño.

—Disculpa, es que hace un rato estaba mi tío.

—¿Ya se regresó tu tío?

—Insiste en que me va llevar al teatro. Es la ceremonia de sucesión de Uzaemon y Baikou, van otorgarle sus nombres artísticos. El nuevo Uzaemon es más guapo que el anterior, es elegante, tierno y tiene mejor voz, dicen que incluso su forma de actuar no tiene comparación.

—Eso dicen. Te voy a ser sincero, pero a mí me gustaba más el anterior Uzaemon, es más desde que murió aquél, ya no he tenido ganas de ver el kabuki. Sin embargo, si ha salido un Uzaemon más bello que el anterior, entonces también quisiera verlo, ¿Por qué no fuiste?

—Vino un Jeep

—¿Un Jeep?

—Recibí un ramo de flores.

—Fueron lirios, ¿no?

—No.

Y dijo una palabra larga de una flor incomprensible: Fosfo quién sabe qué. Sentí vergüenza por mi precario inglés.

—¿Festejarán en Estados Unidos la Festividad de las Almas Muertas?

Dijo ella.

—¿Son flores para la Festividad de las Almas Muertas?

Esa persona no me contestó.

—Pobres, las personas que no tiene tumba. He enflaquecido.

—¿Qué palabras serán las adecuadas? Te puedo decir las palabra que gustes.

—Dime que nos separamos.

—Nos separamos... Pero, nos volveremos a ver de nuevo ¿no?

—En aquél mundo.

Esa persona lo dijo. Comprendí que estaba en el mundo real. Aunque me separe de ella en el mundo real, podía verla en el mundo de los sueños. Entonces, no importaba mucho lo que había sucedido, era una banalidad, me sentí aliviado.

Y en la mañana cuando desperté, me di cuenta de que la separación fue un hecho en el mundo real y que el rencuentro había sido en el mundo de los sueños, pero que también había habido una separación en el mundo de los sueños. En cualquier parte había experimentado el mismo sentimiento. Estaba atontado dentro de la cama, para colmo, hoy era el último día para entregar uno de mis textos a una revista, había venido el joven editor a recogerlos.

“No he podido escribir ni una hoja. Perdona. Déjame entregarlo para el número del próximo mes, o uno después”. Le rogué, pero no quiso oír nada. “Tiene que escribir cinco o diez hojas para este día, si no estaremos en un lío”. Dijo. “Pero, ese es justamente el problema, no puedo”. Dije.

—¿Qué le parece lo siguiente? Ahora mismo, nos vamos a echar unas copas



juntos y escribo todo lo que usted me diga.

No podía resistir a la seducción del alcohol.

Salimos los dos, fuimos a un restaurante de oden que frecuento, le pedí al dueño que nos prestara el silencioso cuarto del primer piso, pero para nuestra mala fortuna, era 1 de junio, y desde ese día, todos los restaurantes iban a cerrar voluntariamente, por eso no era prudente que nos prestara un cuarto, el dueño se disculpó y le dije: “¿No tendrás alcohol que te haya sobrado? ¿No nos puedes convidar un poco?”. El dueño nos vendió una botella de dos litros de sake y nos fuimos los dos sin rumbo, cargando la botella, caminamos las calles del inicio del verano.

De pronto, me acordé y caminé hacia la casa de aquella persona. Hasta ese momento había caminado muchas veces frente a ella, pero aún no había entrado. La veía siempre en otros lugares.

Esa casa era relativamente grande, tenía pocos familiares y de seguro tenía un cuarto vacío.

— En mi casa, como sabes hay muchos niños, son ruidosos, no se puede trabajar ahí y si viene una visita también es molesto, por aquí está la casa de una conocida, vayamos y tratemos de trabajar ahí.

Si no tuviera este pretexto, ya no podía volver a ver jamás a esta persona.

Me armé de valor y toqué el timbre de la casa. Me dijeron que aquella persona no estaba ahí.

— A lo mejor está en el teatro

— Sí, ahí está.

Dije una mentira. No, no lo era. Para mí, había sido una realidad.

— Si es así, volverá pronto. Hace un rato vi que su tío se la llevaba jalando al teatro, pero me dijo que en ese lapso se le escapó, se estaba riendo.

La sirvienta pensó que nosotros éramos íntimos de ella y sonriendo nos dejó pasar.

Nos guió hasta su cuarto. En la pared frontal, estaba puesta la foto de un hombre joven. Comprendí en ese momento esas palabras: “Pobres las personas que no tiene tumba”.

— ¿Es su esposo?

— Sí, aún no regresa del Sur. Lleva más de siete años, no saben su paradero.

De hecho, esa fue la primera vez que supe que esa persona tenía marido.

— ¡Qué bellas flores!

Dijo el joven editor, mientras veía el ramo colocado debajo de esa foto

— ¿Cómo se llaman estas flores?

Me preguntó y yo le contesté sin titubeos

— Phosphorescence.

(1947)